

LA ESMERALDA DE MI MADRE

Cinco años tenía de no verla, bueno, cuatro años seis meses, quince días, más las horas, minutos y segundos que no tengo contabilizados. Sentada toda derecha, como si se hubiera tragado un palo de escoba. Elegante sí lo es, siempre lo fue, aunque el vestido, fino, que traía, no acabó de gustarme no sé por qué. Era negro. Quizás fue eso. Me recordaba el duelo. Yo vestí exactamente un año de ese color cuando ella murió, hablo de mi madre, no de mi hermana que me veía con disgusto y en silencio. Ella no sé cuánto lo habrá usado pues repito que no la volví a ver. Siempre pensé que el vestirme de negro era algo interior mío, una necesidad. Hoy veo que sí influyeron las tradiciones. No es fácil salir de ellas. ¿Por qué el negro? A mí se me hace más triste el gris y algunos tonos de café. Y por qué la fecha exacta. Si tanta necesidad tenía hubiera prolongado el luto por más tiempo y no lo hubiera suspendido exactamente el día que ella cumplió un año de muerta. Ese día me puse de amarillo. Es como las épocas en que dejo de fumar. Me digo, voy a probar una semana, si lo logro lo dejo para siempre. Y a los siete días casi no duermo para que empiece otro día y poder así fumarme el primero de una serie larga. Mi hermana se llama Leonor, Leonor Gonzaga. Antes de casarse era Loza, como yo. Matilde Loza para servir a ustedes. Ella se quitó el Loza, quizá le pesaba mucho. Perdón, es un chiste malo. ¿No me preguntas por mis hijos, por mi marido?, le dije. Todos bien. ¿Y los tuyos? Cómo está Matildita, ya debe ser toda una damita ¿y Lalo? ¿Siempre va a estudiar para abogado como decía todo el tiempo? Me lo recuerdo todo serio, todo...cómo decirlo, todo señor. Eso es. De tu marido no quiero saber nada, nunca nos entendimos. Pero bueno, haré hoy una excepción, cómo está. Al no recibir respuesta a mis preguntas me levanté para traerle un té, de siempre sé que no le gusta, pero no tenía nada en casa y ni modo de salir a comprar. El super más cercano está como a seis cuadras. No sé si se habrán dado ustedes cuenta pero todos los estanquillos que había han ido desapareciendo. Tan cómodos que eran, además podía uno pedir de fiado al dueño que siempre nos conocía. Don Martín, apúnteme dos delagüers, un pan Ideal, seis blanquillos- jamás decíamos huevos-, y una mantequilla Gloria. No lo probó.

Tuve que tomármelo yo, tampoco es cosa de tirarlo al fregadero. La comida no se tira, comida y bebida, claro está, nos decían nuestros padres. Miles de niños mueren de hambre en el mundo y tú desperdiciando. Ellos desperdiciaban en todo, menos en comida. Tenían dinero. No siempre, al final ya no, pero cuando lo tuvieron no escatimaban en nada. Mi madre compraba siempre de más. No comida. Hablo de trapos o sea ropa, de aparatos, teníamos tres licuadoras, por ejemplo. Un cuarto estaba lleno de lo que no se usaba o se usaba ocasionalmente. Como diez cajas eran de navidad. Pero guardaba vajillas para el campo, para comer en la terraza, para la pascua, para... La verde, la elegante, la que hacía juego con el mantel portugués que traje de un viaje. Todo lo tiré o vendí o regalé. Yo para qué los quería. Eso sí, soy muy bruta para vender. Vino un ropavejero y se llevó todo por muy poco dinero. Hace rato mi hermana me reclamó todo eso. Ya está vendido, le dije y ni reclames que tú te llevaste todos los muebles, o casi todos: el comedor, la sala, los libreros, la recámara de mis papás. Yo no te dije nada ¿o sí? Y eso vale mucho más que las porquerías que vendí, tiré o regalé. ¿Dónde está la esmeralda de mi madre?, me preguntó de repente. Jamás creí que me lo iba a reclamar. Tú sabes, le dije. Yo no sé nada, dijo ella, ya un poco alterada. La quiero para mí. Mi madre me prometió que al morir me la iba a dejar. Es muy valiosa. Claro que lo era. Quizá por eso no la pudimos vender cuando tuvimos necesidad para pagar los hospitales, los médicos, las medicinas, las enfermeras. Las demás joyas salieron fácilmente, pero la esmeralda no. Me quedaría con ella, me dijo la mejor amiga de mi madre, Conchita, pero es demasiado cara, no puedo en este momento comprártela. ¿No tienes los aretes de perlas que tanto me gustaban? Esos sí te los compro. Bueno, si no los das tan caros. No sólo se vendieron las joyas sino los cuadros, las pieles, su Packard y lo demás. La casa no, pues ya no era nuestra. Ellos la vendieron antes de enfermarse pues querían comprar un departamento en un piso alto de un edificio de lujo. Mi padre me decía que si no veía los volcanes al levantarse se ponía de mal humor. Por eso buscaban las alturas. A mí no me gustan, siempre pienso en un incendio o un temblor. ¡Te pregunté por la esmeralda!, me dijo Leonor, un poco más ásperamente que antes. ¿La del anillo?, pregunté yo. Pregunta idiota pues las dos sabíamos de cuál esmeralda hablaba, pero era para hacer tiempo y ver si se le olvidaba. Pero qué se le iba a olvidar si a eso vino a mi departamento. El mío está en un segundo piso, es pequeño pero suficiente. Repito que no me gustan las alturas. De un segundo piso puedes salir a la calle como sea, hasta brincando de una ventana, pero de uno en el dieciocho... No lo tengo, le contesté. Dámelo, es mío. Te digo que no lo tengo. Yo te vi que lo agarraste

cuando nuestra madre murió. No es cierto –y sí lo era, yo me lo guardé en la bolsa para que nadie se lo llevara-, a mí que me esculquen. Es un robo. No me digas ladrona. No sólo te lo digo, si no me lo das te acusaré a la policía. ¿Serás capaz?. Soy capaz de eso y de más, dámelo. Te digo que no lo tengo. ¿Lo vendiste también?. No. Entonces tú lo tienes. Te digo que no, te lo juro. No jures en vano. Créemelo. Está bien, te lo pediré de otra forma o más bien te preguntaré, ¿dónde chingados está el anillo?, es mío. En ese momento me asusté, de a de veras. Mi hermana jamás dice palabrotas. Si la soltó es porque ya estaba al borde de la desesperación y entonces sí que hay que cuidarse de ella. Mira, yo... ¡Contesta!. Déjame hablar. Ve por él y tráemelo. Te digo que no lo tengo. Estoy perdiendo la paciencia. No, ya la perdiste, escúchame hermanita. Nada de hermanita, tú y yo no somos nada. ¿No? ¡No!. Está bien. Por última vez, ¡la esmeralda!. Nunca se lo iba a contar pero no me quedó más remedio. ¿Te acuerdas que me pasé toda la noche velando el cuerpo de mi madre? Tú te fuiste a dormir. ¿Qué tiene eso que ver con el anillo? Déjame acabar. En una de tantas vi a mi madre. Por supuesto abrí la tapa del ataúd para poder hacerlo. Qué mal se veía, toda flaca, casi sin pelo por la quimio. Me recordé sus buenas épocas, lo presumida que era. A las cenas que concurría se vestía como una reina. Le encantaban los guantes, las sedas, las joyas. Pensé que en ese momento en que iba volando al cielo se iba a presentar ante San Pedro hecha toda una facha, sin nada, sólo con ese vestido que le quedaba ya tan grande con lo que enflacó. Se va a morir de pena, me dije. Fue cuando se me ocurrió ponerle el anillo. Al menos algo que llevara. Después cerré la caja. Ya nadie la volvió a abrir.

No sé, ni quiero saber si Leonor pedirá en el panteón que abran la tumba. Eso es cosa de ella. Lo que sé es que jamás nos volveremos a ver y es una lástima pues ella sí es mi hermana aunque lo niegue y diga que no somos nada entre las dos.

Tomás Urtusástegui

Febrero 2007